



Quórum. Revista de pensamiento
iberoamericano

ISSN: 1575-4227

quorum@uah.es

Universidad de Alcalá

España

Guedán, Manuel

Carta del director. Un salvador violento celebra los quince años de paz

Quórum. Revista de pensamiento iberoamericano, núm. 16, invierno, 2006, pp. 6-11

Universidad de Alcalá

Madrid, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=52001601>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Carta del Director

UN SALVADOR VIOLENTO CELEBRA

LOS QUINCE AÑOS DE PAZ

MANUEL GUEDÁN

Director de Quórum.

En enero de 1992, en Chapultepec, México, se firmaron los Acuerdos de Paz del Salvador, unos pactos que pusieron fin a uno de los conflictos armados más largos de América Latina.

Quince días antes de la firma, se habían trasladado a Nueva York, una vez más, las dos delegaciones salvadoreñas: la del FMLN, la guerrilla, compuesta por los cinco comandantes y algunos asesores, y la del Gobierno, en la que había ministros, militares, el alcalde Calderón Sol y el presidente Cristiani, aunque éste nunca quiso sentarse en la misma mesa que los guerrilleros.

Fueron dos semanas de trabajos intensos y el 31 de diciembre, cuando un Nueva York nevado se preparaba para recibir el año nuevo, los miembros de la guerrilla y del gobierno, sin cenar y sin apenas comer —llevaban 37 horas negociando—, seguían en el despacho del secretario general, intentando llegar a un acuerdo contra reloj, ya que, al terminar el día, el peruano Pérez de Cuéllar debía abandonar su cargo, en favor del nuevo secretario general Butros Gali.

Al acuerdo político se llegó una hora antes de terminar el año, pero entonces el comandante Joaquín Villalobos planteó en la mesa de negociación la necesidad de que el acuerdo tuviera un segundo capítulo que garantizara la reinserción económica y social de los 10.000 guerrilleros que llevaban años luchando y que habían tenido que abandonar sus trabajos, sus estudios y sus tierras. La negociación se reanudó, y, ya pasada la medianoche, el alcalde Calderón Sol y Joaquín Villalobos redactaron precipitadamente unos renglo-

nes que serían la base para la reincorporación a la vida civil de los guerrilleros.

El documento de los Acuerdos de Paz, con los dos capítulos, quedó al fin redactado para su firma en México y unos minutos después, ya el día 1 de 1992, se dio a conocer a la prensa internacional, que esperaba la noticia en la ONU desde primeras horas de la tarde del día anterior. En El Salvador todo el mundo estaba pendiente de Nueva York, y la diferencia horaria permitió que los Acuerdos de Paz formaran parte de la celebración de Nochevieja. Unos minutos antes de dar las 12, con lágrimas en los ojos de la emoción, los presentadores anunciaron en televisión que había paz en El Salvador.

Hoy, 15 años después, casi se ha olvidado la ilusión y la esperanza de aquella especial noche de fin de año, y razones hay para ello: este pequeño país de Centroamérica ocupa uno de los primeros puestos en el ranking mundial de países sometidos a la violencia, con una tasa de homicidios anuales de 54 por cada 100.000 habitantes y una media de 10 asesinatos diarios, una cifra muy superior a la de Colombia. Según estadísticas oficiales, el 70 por ciento de los delitos no se denuncian y hay unas 30.000 personas organizadas activamente en las conocidas y violentas *maras* juveniles. Durante la guerra se movilizaron, en su momento más álgido, 10.000 guerrilleros.

Después de la guerra, la situación económica mejoró y el índice de pobreza pasó de un 65,9, en 1991, a un 43%, en el 2003 (PNUD). Pero esta mejora relativa no se debió al desarrollo económico del país, sino al elevado número de personas que, literalmente, ha huido y envían periódicamente dinero para ayudar a que sobrevivan sus familiares.

No es de extrañar, por tanto, que la conmemoración del 15 aniversario de los Acuerdos de Paz se vea empañada por el desánimo y la desesperación de la mayoría de la población, que se debe estar preguntando si tuvo sentido una guerra que costó la vida a 80.000 personas y qué beneficios se han obtenido de los acuerdos de 1992.

Tuve ocasión de conocer a algunos de los protagonistas de aquellos fechas, durante mis viajes a Centroamérica, como director de Cooperación Internacional de Cruz Roja y vicepresidente de la Comisión de Desarrollo de la entonces Liga de la Cruz Roja y Media Luna Roja. Visité varias veces a los jesuitas de la UCA y, particularmente, a Jon Sobrino e Ignacio Ellacuría; conocí de cerca el valioso trabajo de mediación del entonces embajador de España, Fernando Álvarez Miranda, que en numerosas ocasiones abrió la puerta de la embajada a personas amenazadas de muerte por el ejército y los paramilitares, y, en México y Nicaragua, me entrevisté con los jefes de la guerrilla Schafik Handal, Eduardo Sancho, Francisco Jovel y Joaquín Villalobos, cuatro de los cinco comandantes que, la noche del 31 diciembre de 1991, llegaron a un Acuerdo de Paz, en el despacho del Secretario General de Naciones Unidas.

Como las desgracias nunca vienen solas, en pleno conflicto, El Salvador se vio sacudido por uno de los terremotos más violentos de su historia. Viajé a San Salvador con un avión militar Hércules, cargado con medicinas para los heridos de guerra, prótesis para las víctimas de las minas y tiendas de campaña para improvisar los hospitales destruidos por el fuerte temblor de 7,5 en la escala Richter.

Un jesuita español de la UCA, compañero del padre Ignacio Ellacuría, me hizo la siguiente reflexión: «Centroamérica se debate, desde siglos atrás, entre sus riquezas potenciales, que hicieron soñar a Simón Bolívar con un futuro de esplendor, y las desgracias, unas naturales y endógenas, y otras exógenas e importadas, que desesperaron al general Sandino, hasta hacerle decir que «el fruto de todos los males radicaba en su situación geoestratégica».

Tal vez ninguno de los dos personajes históricos tuvieran toda la razón. Pero lo cierto es que pocas regiones del mundo han estado sacudidas por tantos males y en tan corto plazo de tiempo: dictadura, regímenes militares, injerencias extranjeras, genocidios, terremotos, huracanes...

Hoy, una buena parte de América Central, El Salvador, Guatemala y Honduras, acusa una seria descomposición social y una violencia delincencial que cuestionan la eficacia del Estado de derecho para garantizar la convivencia. Nicaragua está sometida a una corrupción política que impide el desenvolvimiento de sus instituciones, y sólo Costa Rica y Panamá se desarrollan con normalidad.

En el 2004, por encargo del Banco Interamericano de Desarrollo y la Agencia Española de Cooperación, participé en la elaboración de un informe, titulado *Perfil del Gobernabilidad de El Salvador*, junto con Joaquín Villalobos, Miguel Cruz y Laurence Whitehead, que forma parte de una serie de informes, elaborados por la Red Eurolatinoamericana de Gobernabilidad. Durante su preparación, tuve ocasión de conversar largo y tendido, en Oxford y en Madrid, con Joaquín Villalobos y pude comprobar su capacidad de análisis, no siempre reconocida por la mezquindad que acompaña el ejercicio cotidiano de la política. Sir Winston Churchill decía que «la política es casi tan emocionante como la guerra y no menos peligrosa, porque en la guerra se puede morir una vez y en política muchas veces». Tal vez por eso, Villalobos se ha visto muchas más veces «condenado a muerte» en la paz que en sus 22 años de lucha clandestina.

Al iniciar el trabajo, nos planteamos que la tesis central del documento debía ser que este nuevo ciclo de violencia que vive el país corría el riesgo de provocar una fuerte crisis de gobernabilidad y poner así a prueba todo lo alcanzado hasta la fecha. En El Salvador hay una democracia, que ha funcionado con normalidad, pero que no ha permitido la alternancia política ni ha sido capaz de eliminar la violencia y paliar la pobreza.

En el 2002, diez años después de la firma de los Acuerdos, el Gobierno de Arena, excesivamente optimista porque había ganado todas las elecciones desde 1989, dio por cumplidos los acuerdos. Pero la mayoría de los ciudadanos no tenían la misma percepción. En una encuesta realizada por la UCA, el 80% de los entrevistados consideraba que los Acuerdos de Chapultepec habían sido buenos y que la situa-

ción del país era mala. Según otra encuesta del IUDOP, del mismo año, tan sólo el 53,9% de los ciudadanos consideraba que la situación de El Salvador había mejorado durante esos diez años, el 14,6 pensaba que era igual y el 30,9 creía que había empeorado. De ese 30,9, el 51,8% achacaba ese empeoramiento al aumento de la violencia y de la delincuencia y el 33,8 lo achacaba a la situación económica.

Cuando incluimos esto en el Informe, sabíamos que suscitaríamos polémica, ya que chocábamos frontalmente con las complacientes tesis oficiales de ARENA, de la Asociación Nacional de la Empresa Privada (ANEP) y de la Fundación Salvadoreña para el Desarrollo Económico y Social (FUSADES), el tanque de pensamiento de los grandes empresarios, que, utilizando la terminología del Banco Mundial, «ha capturado el Estado».

Nuestras tesis se basaban en que el gobierno de la derecha era incapaz de garantizar la gobernabilidad y que el partido mayoritario de la izquierda, el FMLN, también tenía parte de responsabilidad. El FMLN había sido secuestrado por un grupo ultra, dominado por el Partido Comunista de El Salvador, que había patrimonializado una organización que fue plural desde sus comienzos y en la que militaron socialdemócratas, demócratas cristianos y comunistas, estos últimos siempre en minoría.

Otro de los graves problemas era la polarización política, que no puede considerarse una herencia de la guerra, sino el resultado de no haber pactado la gobernabilidad, asegurando una competencia balanceada entre fuerzas moderadas y elegibles. La relación entre el poder económico y ARENA convirtió la polarización en una ventaja electoral que ahora se percibe como un riesgo grave para la gobernabilidad. En mi opinión, El Salvador necesita urgentemente cerrar su ciclo político de madurez y garantizar la alternancia en el poder, ya que los últimos acontecimientos hacen pensar que sectores amplios del FMLN, ante la imposibilidad de ganar, pueden tener la tentación de buscar estrategias alternativas a las electorales y convertirse, cada vez más, en un partido antisistema. Por otro lado, el PCN, el partido tra-

dicional de los militares y la dictadura, está intentando sacar ventaja de la creciente inseguridad en la que vive el país, presentándose como el partido de la mano dura para obtener votos e intentar llegar al Gobierno.

Todo esto hace que hoy El Salvador sea un país que continúa enfermo de violencia. Ya lo fue antes de la guerra y, por supuesto, durante el conflicto, pero no ha habido mejoría. Se sigue recurriendo a la violencia tanto para resolver cuestiones políticas como para arreglar las diferencias con el vecino o con el compañero de trabajo y se empieza a correr el riesgo de que las *maras* juveniles y los grupos violentos organizados se conviertan en auténticas mafias que controlen el país.

Los Acuerdos de Paz fueron un éxito, pero la posguerra no se manejó de la misma forma. La derecha y la izquierda, llevadas por una cultura de permanente confrontación, no hicieron de la negociación el principio esencial de su actividad política, restablecieron la polarización y el enfrentamiento ideológico, llevando la parálisis a las instituciones y favoreciendo, con ello, una violencia criminal y social a gran escala. El Salvador necesita, de nuevo, un gran pacto nacional para reconstruir una ciudadanía de convivencia, capaz de incorporar el hábito de la cultura del diálogo, que quite espacio a lo emocional y deje más terreno a lo pacífico y racional. Pero, hoy por hoy, no hay datos para el optimismo y, una vez más, hay que recurrir a la conocida frase de Gramsci: «Somos pesimistas con la inteligencia y optimistas con la voluntad».

